



# La escritura del cuento o el arte de desenvolver la madeja

Nana Rodríguez Romero\*



*\* Escritora y editora. Licenciada en Psicología Educativa y Filosofía, Especialización en Literatura y Semiótica. U.P.T.C.*

*Ha publicado varios libros de poesía, minicuento y estudios literarios. Algunos de sus textos han sido seleccionados para antologías en Argentina, España, México, Uruguay y Colombia. Docente de la Escuela de Psicopedagogía de la U.P.T.C. Correo e.: mantegna\_co@yahoo.com*



Variadas son las formas de creación en el cuento. Cada escritor, en su universo, su forma de percibir el mundo, su imaginación e intuición y su relación con el lenguaje y las estructuras narrativas, posee una particularidad que define su estilo.

Personalmente, me inicié como escritora de poesía durante largos años; esto me ha dado oportunidad de acercarme al lenguaje, a la síntesis semántica y a conocer lo que otros han llamado el instante poético. Curiosamente, no soy muy aficionada a la lectura de poemas, la poesía me llegó a través de la narrativa. Frente a la escritura del cuento siempre tuve una especie

de temor e imposibilidad. Significaba para mí —y aún significa— un reto muy grande. Inicialmente intenté escribir un cuento que salió como un balbuceo, o una especie de escritura telegráfica o un tartamudeo que no descubría nada. A medida que pasaban los años, lo único que me aproximaba a la narrativa eran mis sueños, pero no los sueños que tenemos despiertos, aquellos que se proyectan hacia el futuro, hacia la utopía o el deseo, eran mis viajes oníricos que cada noche construía como una película o especie de video. Las imágenes de mis sueños han sido tan nítidas y tan plásticas, y a veces tan asombrosas, que prefiero asimilarlas como constructos estéticos y simbólicos antes que recurrir al inconsciente o a los análisis freudianos. Inicialmente compartía estos sueños, pequeños fragmentos visuales que en oca-

siones narraban una historia, con un escritor, y él tomó algunos de ellos para la creación de sus cuentos. Luego, por consejo de otras personas empecé a tomar notas sobre esas imágenes oníricas y me enfrenté al abismo, a la aventura de darles forma narrativa, desde el inicio, con la brevedad y la economía en el lenguaje. Indudablemente que de la imagen a la palabra hay una gran distancia, pero creo que he logrado cierta plasticidad por medio de las palabras.



A partir de esos fragmentos, di cuerpo a la mayoría de las historias reunidas en mi primer libro de cuentos titulado *La casa ciega* y otras ficciones.

**La escritura, como arte, es una simbiosis entre el entorno o mundo exterior y la subjetividad o mundo íntimo, conjugados para crear universos literarios, mediados por uno de los más grandes inventos de la humanidad**

Cuando me siento a escribir, sé de antemano si va a ser un relato o un poema; esto no significa que los dos géneros no se entremezclen, al contrario, tengo la conciencia de procurar un equilibrio en la escritura.

Las minificciones o minicuentos, además del origen onírico, pueden nacer por una palabra, una anécdota, una vivencia, una fibra tocada por la lectura de otros cuentos, por una imagen fugaz y cotidiana en la calle, en el baño, en el bus, en la iglesia, el trabajo, etc. Por ejemplo, el cuento titulado *La trenza* nació del acto cotidiano de tomar la ducha; al ver algunos cabellos al lado del sifón me dije: qué tal una historia en la cual a una mujer le

crece y le crece el cabello; después la historia se me convirtió en una hipérbole maravillosa con algunos elementos históricos y del folclor latinoamericano.

## O el cuento

El coleccionista, que nació por un problema de ubicación espacial y de lateralidad: me pierdo en una manzana, en un centro comercial o en un pequeño poblado, debo repetir varias veces el recorrido para llegar a un lugar, hacer asociaciones para ubicarme o recurrir a mapas y direcciones; entonces me hice una ironía a mí misma, también hiperbólica.

La escritura, como arte, es una simbiosis entre el entorno o mundo exterior y la subjetividad o mundo íntimo, conjugados para crear universos literarios, mediados por uno de los más grandes inventos de la humanidad: el lenguaje, y con él toda la complejidad que lleva implícita la construcción de un texto artístico.

Cuando empiezo a signar el papel –porque siempre he escrito manuscritos que después van al computador– parto de una imagen; no sé cómo va a desarrollarse la historia, ni cómo va a ser el final.

Hace años, cuando leí *Del cuento breve y sus alrededores*, de Cortázar, me sorprendí al encontrar la imagen de la madeja en la creación de sus cuentos; de igual forma, siento como si tuviera una madeja de hilo adentro y empiezo a tirar de la punta, en ocasiones sale limpia y pareja, pero también a veces sale con nudos y enredos que tengo la paciencia de desenredar o, cuando veo que es imposible, simplemente corto la hebra y empiezo otra historia.

No se trata de una escritura automática, porque hay momentos en que me detengo para observar hacia dónde se dirige la historia, generalmente cuando veo que se



desboca entre ramas o retóricas inútiles. A veces, antes de concluir, se me aparece o adelanta el final, entonces redondeo el cuento y lo demás es labor de limpieza.

Generalmente, el relato conserva su primera tensión, la historia no cambia. Dentro de mi estructura mental y afectiva, al escribir las ficciones, no planeo de antemano esquemas narrativos. La historia misma se va tejiendo y busca su propia estructura, su propio lenguaje. Confieso que desde que conocí los relatos breves y las minificciones, me han atraído poderosamente por su síntesis y su fuerza evocadora, los concibo como agujeros negros: pequeños espacio-textos que guardan muchísima energía-sentido en su interior.

Los textos que escribo, sean poemas, cuentos, artículos, cartas, pasan primero que todo por el tamiz de mi oído; los leo oralmente, porque el ritmo, la musicalidad interna de las expresiones creativas, en es-

pecial en la música y el cine, es una especie de brújula que marca equilibrio y el sentido de las cosas.

Para mí es muy curioso que la gente me pregunte a menudo: ¿Y está escribiendo? Como si el escritor o escritora estuviera reducido solamente a escribir. Pasan largos periodos en los que no escribo una línea, solamente leo y vivo y observo y me asombro con los griegos y La Biblia, Borges, Poe, Kafka, Yourcenar, Whitman, Calvino y muchos otros; entonces imagino que en esa etapa se están incubando dentro de mí los futuros libros, la madeja interna.

Pienso que la lectura y la vida son ese hilo de Ariadna que conduce al laberinto y que un día halo la punta del hilo y allí empieza a nacer lo que se estuvo gestando. Claro que tengo temas que algún día voy a tomar, pero parece que será cuando ellos quieran que se les dé a luz.

*La lectura y la vida son ese hilo de Ariadna que conduce al laberinto y que un día halo la punta del hilo y allí empieza a nacer lo que se estuvo gestando.*



